tural por esencia, presencia y potencia, sino sobrenatural por la gracia y el amor, Dios se hace mío, Dios se me da y toma posesión de mí, no gloriosamente, eso será en el cielo, pero sí real, misteriosa y sobrenaturalmente.

Aun cuando quiero darme todo sin reservas y darle toda la creación, todo es nada comparado con El, y por este pequeñito amor mío y este destello de deseo, Dios me da a mí lo infinito de su amor y lo infinito de su ser. El amor une. El amor de Dios une el alma con Dios, porque es propiedad del amor unir, fusionar.

El amor de Dios transforma para unir. Dios se hace mío, es mío y está en mí. Dios pone en mi alma sus riquezas, su gracia, su luz, su bondad. El Criador de todo, el que está en el cielo, está en mí todo, infinito, no en comunicación gloriosa, ni saturando de dicha mi alma en su potencias, ni en visión directa de su esencia, no tangible o visible; pero sí en la realidad de su ser infinito, simplicísimo y omnipotente como es, todo.

Es más santo, está más unido a Dios, tiene más amor, no el que siente más emoción de afecto, no el que experimenta más ternura o más dulzura; éstos sólo son ciertos efectos muy agradables, pero muy accidentales y muy inseguros. Dios no cabe en el sentido y en el gusto; está muy por encima de todo lo sensible o gustoso; la fe que nos lo asegura es oscura y tampoco se ve. Es más santo el

que más delicada y perfectamente hace la voluntad de Dios, el que más primorosa y abnegadamente se ofrece al querer divino con heroica y pronta obediencia. El que obrando cumple el «*¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?*» ¿Qué importa que yo viva o muera, que yo goce o sufra, sino que Vos seáis amado de mí y de todos?

Siempre se da esta altísima y delicadísima realidad: que Dios se entrega al alma como el alma haya hecho su entrega real a Dios. Mas el alma ha de pedir a Dios luz y fortaleza y perseverancia para entregarse y permanecer entregada.

Todo me tiene que venir de Dios. ¡Qué gozo debo sentir, Dios mío, de sólo pensar que estoy entregado a Dios y de que Dios es mío y se me entrega! Dadme, Señor mío, el querer y poder para que se realicen vuestras misericordias en mi alma. Dadme la perseverancia para que toda mi vida se desenvuelva en Vos y esté siempre metido y sumergido en vuestra bondad y en vuestra verdad. Que yo coopere a vuestras llamadas.

17. Es también pensamiento de San Agustín que como el alma es la vida del cuerpo, Dios es la bienaventuranza del alma.

Mi cuerpo está animado por mi alma. Del alma recibe la vida en todas sus manifestaciones, como son las sensaciones y los afectos. Hasta la belleza de mi cuerpo es, en gran parte, efecto del alma.

Es muy viejo el adagio que dice que el rostro es imagen del alma; la expresión de los ojos trasparenta, en cierta manera y con frecuencia, el alma.

Cuando el alma se separa del cuerpo por la muerte, el cuerpo pierde el movimiento, la sensación y deja de ser atractivo; pierde la belleza de vivo y la expresión. Aun cuando no se produzca inmediatamente la descomposición del cuerpo, por un principio de misterio de religión el cadáver infunde cierto pavor y temeroso respeto; impresiona. En el cadáver falta la vida, falta la expresión y ha desaparecido la belleza animada. Un religioso temor invade a quien le mira cuando está solo.

Pues a semejanza de esto que veo y siento yo ante un cadáver, pero de una manera más profunda y misteriosa e inexplicable, acontece con el alma que no está en la amistad de Dios por la gracia; está muerta al amor de Dios y carece de la belleza sobrenatural; no puede tener esperanza de felicidad en Dios. Bienaventurada el alma que tiene y vive a Dios en amor y con gozo de esperanza; se dice: Dios está en mí y me ama y ha puesto en mí su vida sobrenatural. Dios está en mí; yo me he entregado a El, porque me ha dado la voluntad de querer entregarme a El y le amo. Dios me da vida sobrenatural con su amor.

Aun en la tierra Dios está siendo por la esperanza principio de felicidad. La bienaventuranza gloriosa y consumada se dará después en la vida

gloriosa del cielo. En la tierra no puede haber bienaventuranza perfecta sin la glorificación del cuerpo; vivimos en el cuerpo, y el cuerpo en la tierra padece y sufre, no tiene glorificación.

Pero Dios es nuestro fin último; Dios será nuestra bienaventuranza y felicidad en el cielo, y nos ha criado para la perfecta felicidad del cielo. El será nuestra dicha; saturará de perfecciones y delicias, en una exaltación que no podemos concebir, nuestra alma en todas sus potencias y redundará en la felicidad del cuerpo, ya libre de todo sufrimiento y congoja o preocupación. Dios nos ha criado para El y ha sido misericordia suya haber puesto dentro de nosotros la sed de lo infinito y que nada criado nos pueda saciar. Dios ha de ser mi dicha y mi felicidad en el cielo. «*Nos hiciste, Señor, para Ti y no puede descansar el corazón hasta que descanse en Ti*», hasta que te goce ya gloriosamente en el cielo. Cuanto más se tiene en la tierra, más se desea. Sólo Dios puede saciar el ansia del alma, ansia de amar, ansia de poseer, ansia de gozar y ansia de conocer.

Y es verdad que la felicidad está en la posesión, en el goce para la plenitud de entender y amar. No sólo las potencias del alma, sino los sentidos del cuerpo, han de encontrarse satisfechos, felices y seguros en su felicidad.

Los sentidos en la tierra nos explican la necesidad de la felicidad por la posesión del bien. En

el tiempo del calor, y más si se trabaja esforzadamente, se siente la sed; el tormento de la sed despierta el deseo de apagarla y no se logra mientras no se toma el líquido refrescante. La posesión de lo que se necesita produce el gozo. El alma tiene sed de gozo infinito y de alegría infinita, que están solamente en Dios. Cuanto más ama a Dios, más sed tiene y más deseo de poseerle. Cierto que Dios está en mi alma y en todo mi ser; está realmente y está por amor si estoy en gracia. Pero no está haciendo sentir su gloria; no le siento aún ni le veo; tiene ocultos sus efectos glorificadores y sólo le veo a través de la pobreza de mi razón y de la oscuridad de la fe, y la fe, aunque es segura, no deja de ser oscura. Deseo a Dios, deseo ver ya en su esencia a Dios y poseerle en amor glorioso. Le desearon los santos. San Juan de la Cruz exclamaba: Ya *rompe la tela de este dulce encuentro* que me impide verte. Cuanto el alma está más poseída del amor, más desea romper todo lo que la impide entrar en la plenitud del amor, y el amor se consigue con la visión de la esencia de Dios y con su posesión. El amor tiende siempre a la unión perfecta, a la unión sin velos, a la unión gloriosa, que sólo está en el cielo.

Dios me ha creado para la felicidad gloriosa. Dios me ha creado por amor y para la glorificación en su amor, o sea para comunicarme su mismo amor y sus perfecciones, primero aquí misteriosa

y ocultamente, en la tierra, y luego triunfal y gloriosamente en el cielo, lleno ya de dicha. En la visión de la esencia de Dios por la luz de la gloria, que me dará la posesión gloriosa de Dios, estará mi felicidad, que ahora sólo tengo en amor paciente y meritorio y en esperanza. Tanto más viva será mi esperanza cuanto más intenso y crecido sea mi amor actual.

18. El amor paciente, meritorio y oscuro que tengo en la tierra es el mismo que el cambiado ya en glorioso tendré en el cielo. Allí tanto veré y gozaré de Dios cuanto haya sido mi amor aquí; mientras vivo aquí abajo sé esta divina realidad que me enseña la fe con mucha mayor seguridad que mi razón y la ciencia: tengo a Dios, Dios está en mí y conmigo; pero aún no me es dado verle ni sentirle.

Al mismo tiempo que estoy seguro de esta verdad: Dios que me ha creado para la felicidad está en mí, me veo en la oscuridad y en la incertidumbre de esta otra: *¿Cómo está Dios en mí? ¿Estoy en la gracia de Dios?* ¡Cuánto desea mi natural, Dios mío, que se corriera ese velo que me impide verlo, para cerciorarme y ver cómo crece la belleza en mi alma! Pero queréis que yo ponga la confianza en Vos y os sirva y os ame con los ojos cerrados. Vos no me engañáis, y lo que sí sé con certeza es que estáis en mí y yo en Vos. Que me habéis crea-

do para la gloria y dais vuestro cielo a los que os aman y practican las virtudes. Dios mío, que yo esté en vos con amor y Vos estéis en mí por amor y como Padre glorificador.

Dios me ha creado porque me ama y para que yo le ame. Quiere le ame con todas mis fuerzas y, ayudado de su gracia, puedo amarle cuanto yo quiera. No pone límites a mi amor y me estimula a que le ame sobre cuanto yo puedo soñar o pensar. La medida de mi felicidad será mi amor y Dios lo pone en mi voluntad, pues me da los medios y ofrece su gracia para que siempre pueda amarle más, sin medida. En las cosas materiales o intelectuales, lo mismo que en el atractivo de mi persona sobre los demás, no depende de mi voluntad, sino de las cualidades con que el Señor haya tenido a bien dotarme. Yo no puedo llevar una vida como quisiera ni un peso muy crecido sobre mis hombros, porque mi cuerpo y mis fuerzas no resisten esa vida ni ese peso. Yo quisiera tener un grandísimo conocimiento de los secretos de la Naturaleza, de la formación de los mundos, de las leyes que rigen los elementos, de las ciencias filosóficas, teológicas y sociales, pero no los tengo porque mi inteligencia no tiene capacidad para ello. Yo quisiera ser querido de todos por el encanto, por la bondad, por la virtud y la ciencia, pero no depende de mí, sino de las cualidades que Dios me haya dado. ¡Cuántas personas que desean ser ama-

das de todos y hacen lo posible para ello se hacen antipáticas y no caen bien por buenas que sean! Algo depende de nosotros, pero muy poco. Pero amar a Dios sí depende de mí. Aun cuando es cierto que el amor de Dios es superior a mis fuerzas y la gracia está muy por encima de mi poder, no es menos ciertos que Dios ha tenido la delicadísima bondad de ponerlo en mi voluntad.

19. No ha puesto en mi inteligencia capacidad para conocer los secretos y maravillas de la creación ni agudeza para profundizar en los principios y deducciones de la ciencia especulativa ni en las perfecciones y propiedades de los seres, pero sí me ha dicho: «Puedes amarme cuanto tú quieras; la medida del amor es la decisión de tu voluntad; pongo a tu dispcsición el amor y te daré la gracia para que puedas amarme sin medida. Según sea tu amor a mí, será tu glorificación eterna en el cielo.» Dios mío, pones en mis manos que yo tenga el cielo que quiera tener, porque me das la gracia para ello. Alma mía, ¿por qué no pones toda tu voluntad en amar y practicar virtudes para el cielo? ¿Hay algo más grande que amar y obedecer a Dios?

Las alegrías y bienes de la tierra, aun llegando a poseerlos, son para cuatro días y están mezclados con los pesares y dolores y la incertidumbre; la risa está mezclada con las lágrimas. Todo es fugaz

y pasajero. No he terminado de reírme y me inundan las lágrimas y las penas. Pero la dicha y la glorificación del cielo, la alegría, y el goce, y la felicidad, la sabiduría y la riqueza de la gloria no son para cuatro días; son ya para siempre sin sobresaltos ni temores, sin jamás tener disminución ni fin; son para siempre, eternas. Y la medida de ese amor, de esa felicidad, de esa dicha gloriosa, de la posesión dichosa de Dios por la visión de su esencia, me la pone Dios, en gran parte, en mi voluntad; está en la decisión de mi querer y de mi entrega. Dios no deja de dar su gracia al alma fiel y decidida y la da según sea la fidelidad del alma, y por esto el crecimiento del amor y la grandeza de la felicidad en el cielo la pone Dios en mi voluntad y en la voluntad de cada uno.

20. El amor del alma no es la emoción que pueda sentirse. La emoción en el amor de Dios da gozo, pero la emoción no es el amor. El amor es la realidad de la entrega; es la delicadeza y la fidelidad en hacer la voluntad de Dios; el amor es el primor con que se hacen hasta las más mínimas insinuaciones del querer divino. Puede mi alma sentir la más desoladora aridez o desconsolada tentación y estar llena de amor de Dios. Esto hago y lo hago con toda mi voluntad, no porque me agrade a mí, sino porque Dios lo quiere y agrada a Dios y mi agrado es agradar a Dios. Santa Teresa

de Jesús amaba a Dios intensamente más que a sí misma, y escribe: «Cuanto más veía perdía de consuelo por el Señor, más contento me daba perderle.» El amor de Dios no es la emoción del alma, sino el ofrecimiento del alma, y gozará más cuanto más la cueste el ofrecimiento y el mayor ofrecimiento es el desconsuelo. «*¿Qué hace el que por Dios no se deshace?*»

El amor no busca el agrado propio, sino hacer el querer de Dios.

Cuando un alma, que vive en la abundancia, regalo y estima de cuantos la rodean, siente la llamada de Dios, le cuesta dejarlo todo, renunciar a todo y encerrarse para siempre con Dios y estar metida en el huerto de Dios, que es el convento. Renuncia a todo: a las amistades encantadoras que tiene y a sus inclinaciones y a cuanto agrada a sus sentidos; renuncia a sí misma y a su amor propio, costándola muchísimo, para hacer en todo la voluntad de Dios, para estar en todo ofrecida a Dios; no va a agradarse a sí misma, sino a agradar a Dios, y realiza el más heroico amor. Esto es amar. Amor es la entrega a la voluntad y al servicio de quien se ama.

Cuando yo mismo renuncié a todo esto, no se alegraron mis sentidos. Santa Teresa sintió como si se la desencajaran los huesos. Todo se deja por Dios. Con razón se ha escrito que los Santos se han hecho dejándose despedazar el corazón, arran-

cándose el corazón, porque se le ofrecen todo a Dios y se le transforma en amor divino. El amor no es la emoción del corazón, sino la realidad de la entrega de la propia voluntad a Dios y la determinación esforzada y continua de vaciarse de todo lo que impida hacer el querer divino. El alma vaciada de sí misma, de todo apego y de toda natural satisfacción adquiere una capacidad inmensa para amar a Dios. Dios llena sobreabundantemente el hueco que dejaron en el alma las cosas renunciadas por El y le llena de Sí mismo y de su infinito amor. Dios mío, si de verdad estoy ofrecido, ya seré alma de amor vuestro, aun cuando todo me costara más que el primer día y no sintiera emoción alguna. Dios pone su propio corazón en el pecho que puso el corazón en Dios y se vació de todos los apegos terrenos.

He abrazado el estado religioso no para darme gusto, sino para entregarme a Dios y hacer en todo su voluntad. Esto es amar. «*Aquel ama de verdad, que guarde mis mandamientos*.» La voluntad de Dios está expresa en sus mandamientos, y si los vivo con toda perfección y delicadeza, cumpliré *el amar a Dios con todo mi corazón, con toda mi inteligencia y con todas mis fuerzas*. Este es el mandamiento soberano de Dios. Esto muestra que el corazón está lleno de amor de Dios. Esto absorbe las potencias del alma y hace que siempre y en todo se tenga presente a Dios. Dios mío, ¡cuándo te

amaré de todo corazón!... Cuando los santos te amaron con todas sus fuerzas llegaron a olvidarse de sí mismos y de lo terreno; sólo te tenían presente a Ti y buscaban tu glorificación.

21. La fe y el mismo amor me enseñan que estoy en la gracia de Dios y estoy participando del mismo Dios cuando le amo. Sus perfecciones se me comunican en la proporción que sea mi amor. Lo grande y admirable no es lo que yo doy a Dios, pues todo es como nada, sino lo que Dios me da a mí y pone en mi alma. Por la nada que yo le puedo dar, me envuelve El en su inmensidad, en su grandeza, en su luz y en su hermosura y se comunica El mismo y me hace cielo. El amor nos hace realmente participantes de Dios aquí en la tierra, realmente participantes, no gloriosamente. La fe nos enseña que Dios cubre ahora en la tierra esa su infinita hermosura e incomprensible bondad, que veremos y gozaremos en el cielo, pero hace que el alma realmente participe de su naturaleza y de sus perfecciones y participe cuanto ella quiera. Cuanto yo con mi fidelidad y amor haya participado aquí, participaré eternamente en la gloria de sabiduría, de hermosura, de felicidad de la misma vida y perfecciones de Dios. Allí ya gloriosamente y en dicha inacabable.

Dios me da a mí y da a cada uno de los hombres que pueda amarle cuanto quiera. No tienen

resistencia ni energía los miembros del cuerpo para soportar el peso que la voluntad quisiera soportar, pero Dios nos da que podamos amar cuanto queramos y según el amor poseamos a Dios y sus perfecciones y vivamos a Dios; ahora sin los efectos gloriosos; cuando recibamos la visión de Dios, después de la muerte, se recibirán también los efectos gloriosos en proporción del amor que se tiene.

22. Mi alma está constantemente en mi cuerpo, no siempre con la misma actividad. Yo veo, siento, hablo, palpo, me alegro o entristezco en mi cuerpo por mi alma, no cuanto quiero, sino cuanto son las facultades que el Señor me ha dado. Mi alma está constantemente en mi cuerpo. Cuando mi alma se separa de mi cuerpo me sobreviene la muerte; el cuerpo pierde la vida, pierde el habla, la sensación, el movimiento, la expresión, ya no puede tener trato con otros ni comunicarse. Es mi alma quien da vigor, expresión y belleza a mi cuerpo, y es mi propia vida y mi entender.

Dios ha criado mi alma, yo no sé cómo, con su poder infinito, y me la ha dado uniéndola a mi cuerpo. Mi alma es dádiva de Dios para siempre, porque como inmortal que me la ha criado no morirá, siempre existirá. Pero Dios me tiene señalado un día en que separará mi alma de mi cuerpo. Se separará mi alma de mi cuerpo no porque yo quiera. Ningún ser quiere la destrucción de sí mismo.

Dios ha puesto en la esencia de todos los seres el deseo de la conservación. El más pequeño animalito, un cínife insignificante que molesta con su picadura; una abeja clavando su aguijón por defenderse, procura su conservación, no quiere morir, busca la vida. Todos queremos la vida perfecta, porque Dios nos ha criado para la felicidad y la dicha. Yo no puedo dejar de desear mi dicha. La felicidad es mi fin último. Mi alma se apartará de mi cuerpo, no por mi voluntad ni cuando yo quiera. Yo quiero la vida feliz y eterna, que es Dios. La quiero sin dolores ni sufrimiento. La fe me enseña que para llegar a esa vida gloriosa tengo que pasar por la muerte. Quiero que Dios mismo sea mi vida. Deseo la vida sin ocaso ni penumbras, y mi naturaleza rehúye abrazar la muerte aun cuando sé que tengo que llegar a esa vida gloriosa por la muerte, y abrazo y pido la muerte, que me impone, para entrar en la vida feliz.

Leo en San Pablo que *deseaba se desatara ya su alma del cuerpo para estar con Cristo*, pero expresando lo que su naturaleza sentía, cuando prescindía de la seguridad e impresión de la fe, también me dice: «*Quisiera no ser despojado, sino sobrevestido*», que es decirme: «*Quisiera me metiera el Señor en la gloria, sin pasar por la muerte.*» Lo que desea mi naturaleza y se hace sentir en mi alma es que se presentara ante mi mirada la transformación con toda su belleza y encanto, con todas

sus delicias y grandezas, y viéndolas yo, entrar como por mis pasos, como entro en un jardín, con los ojos bien abiertos, sin pasar por las angustias ni la destrucción que en mí produce la muerte.

Veo con mis ojos las flores y las joyas y las cogen mis manos, y palpablemente desea mi alma coger la luz de la gloria inmortal con la visión de Dios, que la belleza infinita y el fulgor de la sabiduría incomprensible de Dios iluminara mi alma y me envolviera en su hermosura y transformara mi cuerpo para ya eternamente gozar de Dios; me arrojaría yo entonces gozoso en la delicia de tanto bien. Pero aun rehuyendo la muerte, me dice la fe que Dios está en mí y por la muerte me va a llenar de felicidad y a comunicar sus perfecciones. Dios recoge mi alma y me dice: «Hasta este instante te di todo el tiempo para que te ofrecieras a mí y me amaras cuanto quisieras, con todo tu corazón. Según tu amor y las obras de tu amor a mí, yo hacía la transformación en ti. Según crecías en mi amor, quitaba yo en ti tu pequeñez y oscuridad y ponía hermosura mía y luz y riqueza mía. Sólo yo podía transformarte en mi amor y te he transformado según ha sido tu amor. Quería yo divinizarte y hacerte semejante a mí, uniéndote a mí con mi amor, haciéndote una cosa conmigo. Estaba en tu voluntad. Te he hecho cuanto te has dispuesto, cuanto has querido. Ahora ves lo que antes no veías.»

Alma mía; Dios está en ti, quiere unirte a Sí mismo; depende de tu amor, de tu decisión y voluntad. Tú estás en Dios. ¿Cómo le amas? ¿Hay ni puede haber algo que ni muy remotamente pueda asemejarse a ser de Dios ya en la tierra? ¿A estar unido con Dios por amor en la tierra? Qué maravilla es decir con exacta verdad que tienes y participas del amor de Dios, del pensamiento de Dios, del querer de Dios. Te haces mío, oh Señor, y debo decirte Dios mío y te me das cuanto yo quiero, pero de modo muy distinto al que yo pienso.

23. Alma mía, llénate de gozo pensando esta verdad que te enseña la fe: si estoy en gracia, Dios está más íntimamente en mí real y amorosamente que mi alma está en mi cuerpo; está siendo mi vida, mi amor, mi esperanza; Dios está en mí continuamente. Y ¿qué es o quién es este ser infinito que está continuamente en mí? Es el que está por encima de todo lo que puede alcanzar a entender la inteligencia del hombre. Es el infinito en todo bien y gozo. Es sobre cuanto puedo comprender en dicha.

Puedo tener un conocimiento de Dios, el que más se acerca a El, el más perfecto en la tierra. Este conocimiento es el que me enseña la fe, y la fe me dice sin vacilación ninguna: «Dios es sobre todo.» No sólo sobre lo que yo veo, entiendo o

amo, sino sobre todo cuanto inteligencia criada puede entender, ver o amar, con una diferencia infinita, en tal manera, que no hay proporción ni semejanza entre lo que se puede entender y Dios. Dios es el infinito; sólo El puede comprenderse y se comprende todo, totalmente y continuamente. Dios es la actualidad infinita. Por eso Dios está todo totalmente, en todas partes, y lo está en mí, en lo más íntimo de mi ser.

Lo infinito es indivisible; donde está, está todo y está en todas partes y obra lo que quiere y como quiere.

Dios es sobrenatural o está de tal manera por encima de lo natural, que lo natural no puede formar idea ni imagen adecuada y proporcionada con Dios. La fe me dice que Dios es infinito; sólo sé que es infinito en toda perfección, sin límites, sin término; sin límite en la bondad, sin límite en el poder, en la sabiduría, en hermosura y en el gozo. Es el infinito y actual gozo, que ya no puede tener más, que no puede tener menos. Ese Infinito actual en todas las perfecciones, no ya las que el hombre conoce, sino las infinitas que sólo el mismo Dios puede conocer, es mi Criador, mi Padre, será mi glorificador y mi gloria y ahora está en mí, en mi alma, en todo mi ser; está en mí dando vida a mi alma y a mi cuerpo, ha tenido la delicadeza y bondad de llamar a mi alma y me dice: «Te he criado para el cielo, para el goce perfecto de mi

amor eterno; quiero transformarte en amor aun viviendo en la tierra; pero te exijo que te despojes voluntariamente de tu amor propio, de tu pequeñez y miseria y procures vestirte de mi amor y de la luz de la gracia; entrégate a mi amor y yo te comunicaré mi grandeza y hermosura y, haciendo crecer en tu alma las virtudes, te transformaré en mi amor.»

24. La misericordia de Dios está continuamente en mí obrando maravillas en mi alma. Duermo yo y me quedo sin conocimiento y sin poder pensar. Mis miembros y sentidos están en la laxitud del descanso: ni me doy cuenta de nada; pero Dios siempre está en mí, no necesita descanso porque no se cansa; Dios siempre está en mi consciente, actual, obrando su obra. Dios no sufre desmayos ni descuidos; está en mí dándome el ser, ofreciéndome su amor; está en mí como Padre, dándome la vida; Dios siempre está en mí actual como es: Dios infinito. Y siendo infinito y omnipotente, una cosa no puede Dios, porque está contra sus mismas perfecciones. Dios no puede dejar de estar en todas y cada una de las criaturas hasta en la más mínima molécula o infusorio.

Dios no necesita de nada ni de nadie para existir. Dios existe en sí mismo. Cuando quiso realizó la creación externa. Al crear el mundo nada recibió, sólo comunicó; lo comunicó sin trabajo y

con sumo gozo, no con un gozo nuevo, sino con el gozo eterno que siempre tuvo. Creó lo que quiso y crea y conserva lo que quiere.

Antes de crear el mundo Dios existía en Sí mismo, en su misma esencia. Y después de crear el mundo existe en su misma esencia, en sí mismo, pero existe o está en todas y en cada una de las cosas y seres que crea, y está dándolas el ser y las propiedades y perfecciones que tienen, está conservándolas el ser y comunicándolas la actividad, la fuerza y la vida; y está presente viéndolas y presidiéndolas, y está todo, infinito, omnipotente, porque siendo simplicísimo no admite división ni tiene partes. Estando en todo, está en sí mismo, en su misma esencia.

Una cosa no puede hacer Dios con ser omnipotente: es dejar de estar en los seres criados; por el atributo de su inmensidad está todo en todos y en cada uno de ellos y está totalmente, indivisible. Ni uno sólo puede existir si no está Dios en él. No por eso es Dios más que antes ni de otra manera que siempre ha sido.

Dios está en mí, más íntimamente en mí que yo en mí mismo. Dios está haciendo de mí la obra maravillosa, que yo no entiendo, la obra natural y la sobrenatural. ¿Qué sé yo de mi organismo y de la transformación de mi cuerpo para la conservación? ¿Y qué sé yo de la gracia divina y del amor en mi alma ni de cómo crece en amor y

se prepara para la transformación en unión de amor con El? Pero sé que Dios me ha criado para el amor y para la glorificación y que Dios me ha llamado por la vocación para que le ame; para que ejercite las virtudes y me vaya despojando de mi amor propio, de mi pobreza y de la inclinación de tierra; para que poniendo yo mi esfuerzo y cooperación, pueda vestirme El de su hermosura, de la riqueza de su gracia y haciéndome participante de sus perfecciones, transformar mi alma en su amor y unirme a El mismo.

25. Dios está continuamente en mí amándome y con sus inspiraciones me estimula a que cada día yo quiera amarle más y sea más perfectamente suyo. ¡Oh Dios mío, si de tal manera te amara que ya mi voluntad fuera hacer solamente la tuya, esa sería ya mi unión! No dejéis de llamarme y estimularme para que no deje yo de esforzarme hasta que mi voluntad sea hacer en todo la vuestra.

Dios me ha dado un alma superior a todo lo externo; el cuerpo está lleno de dolencias y de contratiempos hasta que llegue el momento de su destrucción. Pero mi alma anima y vivifica a mi cuerpo. El alma ha sido creada para la inmortalidad; mi alma pone los pensamientos de nobleza; mi alma tiene los deseos de cielo y de santidad y de aspirar a ser de Dios y vivir la vida de Dios.

¿No es el alma quien me ha enseñado a dejar todas las cosas por Dios? ¿No es mi alma quien me ha determinado a dejar amistades y comodidades y encerrarme en este lugar para estar con Dios, ofrecida a Dios y pensando en Dios? ¿No es mi alma, enseñada por la fe, quien aspira a la inmortalidad, a la sobrenaturalización? Y porque aspiro a esa vida eterna, a unirme con Dios en amor y a hacer su voluntad, me he consagrado a El en el estado religioso. Nadie abrazaría la santa locura del estado religioso si el alma iluminada por la fe no enseñara que esta dichosa locura es la obra más santa y agradable al Señor cuando se vive de verdad lo que se ha abrazado y prometido.

Porque abrazar el estado religioso es encerrarse muy a solas y en muchísimo amor con Dios, para privarse de todo, para renunciar a todo, para entregarle las potencias del alma y que el entendimiento piense lo más que pueda en El, y la voluntad ame sólo a El y todas las cosas en El, y la memoria recuerde sólo a El, y el cuerpo esté movido por este amor al servicio del Señor. Dios toma de este modo posesión de las almas así ofrecidas y preparadas y llena sus potencias de Sí mismo y las convierte en cielo en su vida recogida y ofrecida.

En verdad Dios llena las ansias y deseos vehementes que El mismo había puesto en el alma; ansias de vida sobrenatural y eterna; es el don

más hermoso de Dios al alma. Es el don divino que enseña y hace ver cómo Dios es el fin del alma y la dicha y felicidad verdadera aun mientras vive en la tierra. ¿Qué no será en el cielo? Ya aquí se participa de Dios, de las perfecciones de Dios y de los gozos de Dios.

Eres tú, Dios mío, mi Padre amantísimo, mi Dios y mi felicidad. Que seas continua e ininterrumpidamente mío para toda la eternidad en el cielo. Eres Tú, Amor infinito y bienaventuranza de los ángeles, quien amorosísimamente pones en mí estos misterios insondables de luz. Lléname. Llena de Ti mis potencias para que sólo aspire a Ti y sólo piense y ame a Ti. Ya oigo la verdad de la razón y la más segura enseñanza de la fe que dice: «Yo estoy en Ti. Yo estoy contigo y quiero llenarte de mí si tú te preparas y quieres no poniendo impedimento. Quiero hacerte mío y quiero hacerme tuyo y empapar tu corazón en mi amor. Quiero sumergirte en mis bondades y envolverte en mis misericordias.» Sé, oh Dios mío, que porque me amas me has escogido y llamado junto a Ti, para vivir en Ti. Sé que eres Tú quien ha puesto en mí estos deseos y fortaleces mi voluntad para que persevere en ellos. Sé que porque me amas has hecho esto que sé y lo inmenso que ignoro. ¿Qué otra cosa deseo yo que amarte y servirte y que hagas en mí la transformación en amor? ¿Cuándo,

Bondad infinita, lo harás y completarás la obra que has empezado? Hazme en todo tuyo.

Me habéis dado, Dios mío, el amor y me habéis criado para la felicidad. ¡No lo comprendo aún, pero sé que es así! Por esto no puedo dejar de desear mi felicidad. Cierto que ahora en la religión me he abrazado con la pobreza y con la obediencia, con la privación y con el sufrimiento y cruz; pero me he abrazado porque sé que es el medio para alcanzar más cielo y crecer en tu amor; sé que es el modó de imitar más perfectamente a Jesús, de prepararme para crecer en el amor y recibir tus misericordias. En este sacrificio y ofrecimiento busco mi dicha y felicidad verdadera y eterna buscándote a Ti. Ya que pones en mí ansias de amarte cada día más, dame que sea una dichosa realidad hasta amarte con todas mis fuerzas.

26. Habéis puesto en mi naturaleza y como último fin mío el deseo de la felicidad. La felicidad es la posesión gozosa del amor infinito y del sumo bien. Yo no puedo ni persona alguna puede dejar de desear ser feliz; nadie quiere ser desgraciado. Me hiciste, Dios mío, para Ti y no puedo encontrar el descanso hasta que goce de tu visión y te posea. Abrazo el retiro y la mortificación para estar en tu compañía y prepararme a recibir tus misericordias. Nada de lo criado puede saciarme por largo tiempo. Sólo me saciarás Tú, el Infinito, cuando

te posea y vea. Me has criado para Ti; me has criado para llenarme de Ti. Me llenarás gloriosamente cuando la muerte corra este velo que me impide verte. Deseo la sobrenaturalización de mi alma por unión de amor. Para poder recibirla, vengo a buscar Tu compañía y a estar a solas Contigo. Quiero salir perfectamente de todo y necesito salir de mí mismo, negándome, para que me hagas amor tuyo. ¿Cuándo tus misericordias me inundarán? Cuando haya muerto perfectamente a mí mismo. Necesito estar desprendido de todas las cosas y morir a mí mismo para vivir la vida de Dios. Jesucristo me lo manda.

Pero en la frase de Jesucristo encuentro que me dice todo esto: «El que quiera que yo le haga mío; el que quiera que yo le transforme en mí; el que quiera que yo le sobrenaturalice y divinice uniéndole en amor a mí, ha de negarse a sí mismo y dejar su amor propio, sus apetitos y pequeñeces; por el regalo y amor propio que deje, le daré yo contento y regalo de cielo y le daré a mí mismo con todo mi amor.» Esto es lo que yo he venido a buscar. Esta es la divina locura que Dios puso en el corazón de los santos y ha puesto en el mío. Los santos vivieron esa locura dichosa y les llenaste, los sobrenaturalizaste. También lo harás conmigo si yo tengo su misma decisión y constancia. ¿Por qué no tendremos todos esta santa locura de amar a Dios, de entregarnos en todo a Dios, de

tratar con Dios, de dejar todas las cosas y a nosotros mismos para que Dios nos transforme en amor suyo?

Mi felicidad está en Dios. Mi fin último es Dios, la visión y la posesión de Dios.

Dios es más noble y excelso que toda la creación. Nada puede compararse con El y nada puede soñarse que se asemeje a El. Y Dios me le pone en mi voluntad, depende de mí, de mi decisión, de mi humildad y caridad. Sé, Dios mío, que estás en mí, aun cuando todavía no te siento. Sé, Criador mío, que me amas y me estás llenando de tu amor, de tus perfecciones, de tu misma vida, aun cuando nada veo. Mi alma te desea. Me hiciste Señor, para Ti, y nada puede llenarme hasta que repose en Ti viéndote y poseyéndote. Eres el mismo ahora en mí que serás en el cielo. Pero entonces ya en la posesión y fruición. ¿Cómo será aquella posesión y aquella inefable dicha?

27. Tengo ahora a Dios infinito y busco la felicidad; no soy feliz y sufro. Tres cosas son necesarias para llegar a vivir la felicidad: cuando en mí se den esas tres cosas, seré feliz, habré entrado en la felicidad. Ahora, aun viviendo el amor de Dios, como quiero vivirle, deseo la felicidad y la busco; no soy feliz aunque estoy en Dios y creo le amo o deseo amarle. Deseo vehementemente la felicidad que es el cúmulo de todos los

bienes por la posesión y gozo del Sumo bien; la saturación de gozo, alegría, conocimiento y paz. Todo ello se tiene en Dios, en la visión de Dios, en la posesión de Dios, en el goce de Dios y en Dios se ve y posee y conoce todo, el universo y todas las criaturas.

Empezaré a vivir la felicidad cuando por la luz de la gloria se me comunique *la visión de Dios* en Sí mismo, en su misma esencia. ¿Qué será ver a Dios? Nadie lo sabe; nadie puede saberlo hasta que el Señor mismo se lo comunique. El conocimiento de la creación entera es como nada comparado con Dios. Las perfecciones y bellezas criadas son como pura fealdad ante la hermosura infinita de Dios, ni se pueden comparar a El. La felicidad no es ver y conocer todo lo bello y misterioso del mundo; es ver al mismo Dios; es conocer a Dios en su esencia y en el conocimiento divino; conocerlo todo en sumo gozo y descanso. La visión de Dios es el conocimiento glorioso y perfecto, es la exaltación de dicha del entendimiento y de la voluntad en sabiduría y en amor sobrenatural que satura todo el ser; es hacerse luz de Dios y estar en la luz de Dios en alegría y gozo. Dios mío, ¿qué sentiré, qué veré cuando la felicidad se posesione de mí y yo posea la felicidad? ¿Qué será sentirse feliz, ya satisfecho en todas las aspiraciones y deseos? Nada podré desear que no posea y sin temor de jamás perder lo que poseo. La visión de Dios

da la *posesión de Dios*, posesión gloriosa y gozosa. Si cuando poseo un bien deseado se me alegra el espíritu, ¿qué será poseer a Dios, el Bien infinito y el Sumo Bien que encierra todos los bienes? Lo que siempre había buscado ya lo encontré y tengo. Por lo que renuncié a todo y lo dejé todo, ya lo poseo, y me llena: llena mi inteligencia, llena mi voluntad en toda la capacidad de entender y de amar y llena todas mis ansias y deseos. Ya nada puedo desear que no lo tenga y lo goce todo en Dios y en Dios lo entenderé todo. Pero comprenderé al mismo Dios, aunque es imposible le comprenda totalmente por ser infinito; pero comprenderé al mismo Dios y ya llegué a mi último fin, y veo que supera toda aspiración.

Cada uno comprenderá a Dios y le poseerá y le gozará, y participará de sus perfecciones y de su vida sobrenatural y dichosa, según haya sido la intensidad del amor vivido en la tierra. La gracia de Dios y el amor de Dios adquiridos en esta vida son la medida de la participación que he de tener de Dios en el cielo. Dios me lo pone ahora en mi voluntad.

Dios será mío y para mí como haya sido mi amor y mi fidelidad en la tierra.

Poseeré a Dios, comprenderé a Dios y Dios llenará todo mi ser de su gloria; llenará mis potencias y mis sentidos y todas mis aspiraciones se ve-

rán rebasadas sin medida. Seré feliz con la felicidad participada del mismo Dios.

Dios para siempre ya será mío. Eternamente estaré ya en mi fin y gozaré de mi fin. Mi fin, Dios, me llenará de dicha.

Dios me producirá el *goce en toda plenitud*, el goce actual, siempre presente, siempre lleno, sin hastío ni cansancio. Descansará ya dichosamente mi alma en sus ansias e inquietudes. Sentiré saciado mi amor y mi capacidad de amar. Estaré unido y hecho una misma cosa con Dios. Su gloria y su grandeza y bondad serán mías. Mi voluntad y mi entendimiento estarán unidos al suyo. Amaré con su mismo amor glorioso.

Estos tres pensamientos son como distintas manifestaciones de un solo gozar: *el goce de Dios, la delectación* de Dios. No puede haber felicidad sin goce. Pero el goce y la delectación suprema, cuanto puede caber en el hombre, no es del cuerpo, sino del alma, y el alma la irradia al cuerpo, y esta delectación y fruición está en la visión de Dios y en la posesión de Dios. Gozando el alma con el goce de Dios, entendiendo con el entender de Dios, está la voluntad unida a la divina voluntad y el entendimiento al divino entendimiento. Está viendo a Dios y en su posesión y por lo mismo el alma llegó a su último fin, al fin para que había sido criada; llegó a su descanso y a la quietud de la actividad más deleitosa; llegó a poseer lo que de-

seaba, lo que amaba, lo que siempre buscó. Ahora se me ha dado todo bien en el Sumo Bien. Lo encontré. Tengo a Dios, a Dios infinito; le tendré ya para siempre. Nunca ya ni le perderé ni disminuiré en su amor; nunca le perderé ni disminuiré en su alegría; nunca le perderé ni disminuirá en mí la felicidad. El alma ha recibido cuanto su capacidad puede recibir.

Porque cuando el cuerpo después de la muerte y de la resurrección entre también en su felicidad, no aumentará la felicidad del alma. El cuerpo rebosará en felicidad como ahora no podemos comprender; será la felicidad de una excelencia y nobleza que no pertenece ya ni a la propagación de la especie ni a la conservación del cuerpo, sino inmensamente más delicada y más intensa, no transitoria, sino permanente y segura, sin cansancio ni saciedad; también es felicidad en Dios a modo divino. Pero no por eso el alma tendrá más felicidad, como no tiene menos ahora que está separada del cuerpo con quien vivió, sino que la felicidad que gozaba el alma se extenderá, sin aumentar, al cuerpo. En lo que el alma es dichosa y gloriosa cuanto tiene en sí de capacidad, comunicará dicha y goce al cuerpo y el cuerpo del que fue más santo y amó más recibirá más gloria y más dicha y felicidad.

Mi alma en el cielo se unirá ya con Dios gloriosamente sin temor a separarse nunca; será una cosa con Dios; será luz de Dios y gloria de Dios

infinito. Pero es el mismo Dios infinito y glorioso quien llena de gloria y de sabiduría y de amor; es el mismo, realmente el mismo, con los mismos atributos y perfecciones, con la misma omnipotencia, bondad y hermosura, quien ahora está en mi alma; es el mismo a quien yo estoy ofrecido y amando; es el mismo que me ha llamado y me ama. Está en mi infinito, como cuando crea los mundos y beatifica a los bienaventurados. Está por amor y poniendo su gracia, el amor y la gracia que he de conservar en el cielo y que han de ser la medida de mi felicidad. Y depende de mi querer el aumentarlos.

28. ¿Cómo se une mi alma con Dios? ¿Cómo se une Dios con mi alma? Decimos que por la gracia y por el amor; pero se une porque el alma por la humildad y el recogimiento se ha anonadado a sí misma, ha quitado de sí todo lo que era de tierra y mundano, todo lo que era apetito y flaqueza, lo manchado, oscuro y pesado, y por el amor y la gracia ha volado a la luz, a la hermosura, a la bondad, a la sabiduría y poder de cielo, y Dios la ha tomado en sus brazos y la ha unido a Sí mismo. El alma se une a Dios por la obediencia y demás virtudes; la obediencia pone el entendimiento en Dios y en todo se somete a Dios y aspira a que hasta sus más mínimos movimientos y actividades sean de Dios, y Dios le embebe y viste de su luz.

La gracia y el amor me unirán a Dios, pero la

gracia y el amor tengo que verlos y desarrollarlos en el ejercicio de las virtudes.

Dios mío, que mi entendimiento y que mi voluntad estén en todo unidos a tu entendimiento y a tu voluntad divinas. ¡Qué complacencia tendré entonces de estar en la oración unido contigo y tratando contigo! Porque si la oración es ejercicio de amor, es unión e intercambio de pensamientos; porque si la oración es ejercicio de amor, es tratar con Vos mismo presente, infinito, amoroso.

En la oración el alma está unida con Dios; hablando o en silencio, árida o afectuosa, el alma en la oración está unida con Dios y con Dios tiene unidos su entendimiento y su voluntad. No estaré en el recogimiento o en la unión que yo quisiera, pero estoy unido y atento a Dios, infinito presente, que me mira y me llena. ¡Dios mío, qué recogimiento y atención debiera yo tener en mi oración! ¡Qué ansia tengo de que mis pensamientos y mis afectos broten como borbotones de mi alma hacia Vos! Si así fuera, mi oración sería como encontrarme ya en el cielo. Pero no porque la oración sea menos afectuosa y menos gustosa será ni menos perfecta ni menos agradable a Dios si yo estoy recogido en fe. Porque cuando me pongo en oración sé que estoy en Dios y que Dios está en mí y está haciendo su obra de amor. No quiere el Señor hacer desaparecer aún de mí la flaqueza ni la pobre-

za de mi humana condición; pero no deja de obrar su obra ni de estar consigo.

Dios está en mí, en lo íntimo de mi alma y de mis potencias y está amándome y haciendo la maravilla de la santidad, porque yo estoy con El, unido a El, ofrecido a El y amándole.

La fe me enseña esta grandeza y realidad y lo sobrenatural de la oración al decirme: «Dios está presente a ti; está realmente, infinito, pero invisible e insensible. Estás tratando con el mismo Dios infinito.» Me encontraré yo donde me encuentre y realizaré la obra en que me ocupe; en todo lugar sé que Dios está conmigo y recoge todas mis obras y todas las palpitaciones de mi corazón y todas mis aspiraciones y deseos. Dios se agrada viendo mi deseo de que todo mi amor y todas mis obras sean para El.

Quisiera, Señor, tener la dulzura con que te alaban los ángeles y el abrasado amor de los serafines y las obras santísimas de la Virgen y del mismo Jesús, y que mis pensamientos estuvieran iluminados con tu misma luz para hacerlos con divino primor y delicadeza y que todos fueran en obsequio y alabanza tuya. Pero soy un pobrecillo lleno aún de harapos y transido de frío. Vísteme tu vestido y transforma mi alma y úneme a Ti. A pesar de mi pobreza, Dios está en mí y se une a mí. Bendito seas, Dios mío.

29. La presencia santificadora de Dios es precisamente darme cuenta de que Dios, el ser infinito, está en mí. De que el Criador de todos los seres y de todos los mundos, el glorificador de los bienaventurados y de los ángeles, está todo en mí y está amándome y pidiéndome mi amor. ¿Para quién, Señor mío, sino para Vos quiero yo mi amor y con quién sino con Vos quiero yo tratar? Dios está aquí conmigo como está en el cielo. El cielo de Dios es El mismo. La gloria de Dios es su esencia y sus perfecciones. Dios es simplicísimo, perfectísimo, indivisible; está todo totalmente en Sí mismo y está en todas las cosas criadas. No era de un modo antes de crear el mundo y de otro después o ahora. Dios es siempre el ahora infinito, la actualidad en la actividad del gozar, y del entender, y amar, y no puede existir mayor gozo, ni mayor entender, ni más intenso amor, y tampoco puede nunca disminuir. Es el infinito inmutable en todo bien... Esté yo donde esté, al recogerme y estar amando a Dios, sé que Dios está conmigo y en mí y que yo estoy con El y en El. Si le estoy ofrecido, sé que El va obrando este misterio de santidad y de amor en mí. ¡Dios mío, vives en mí y para mí y yo en Vos y para Vos! Solo quiero vuestro trato y compañía.

Quisiera mi natural ir viendo cómo obráis, Señor, en mi alma y cómo van creciendo en ella la gracia y el amor y se va transformando en luz y

vais cambiando mi oscuridad y miseria en glorificación y hermosura.

Alma mía, vive esta realidad de Dios, esta grandeza y luz de la gracia con la seguridad con que te lo enseña la fe. El Señor está en mí y me llena. Mi vida de oración, mi vida de presencia de Dios, mi vida ofrecida a Dios, es estar con Dios infinito y amorosísimo, y porque estoy en Dios y con Dios, aun cuando no siempre esté con el afecto y con la atención, siempre estoy con la voluntad y con el deseo y Dios me lo recibe. ¿Dónde estaré que no esté Dios conmigo? Y si le amo, ¿dónde me encontraré que Dios no me esté amando? Cuando trabajo o realizo alguna obra, cuando atiendo a este mi cuerpo para alimentarle, conservar la salud o recuperarla, estoy obedeciendo a Dios y acatando sus disposiciones; cuando estoy trabajando, estoy obedeciendo a Dios y uno mi voluntad a la suya.

Muchas religiosas hijas de padres ricos, ¿qué hubieran hecho y aun qué hacían en sus casas? No hacían nada o perdían el tiempo o iban a espectáculos para perderlo. Descansaban todo el día de no haber trabajado. Pero se ofrecieron a Dios en la vida religiosa, y se sacrifican y trabajan y toda su actividad y todo su trabajo y sacrificio es para Dios y por Dios. Viven en obediencia a Dios y en amor de Dios. Dejan el descanso para el cielo. En su celdica, en su claustro, en el coro, viven delante

de Dios y muy a solas con Dios, alabándole con los labios y con el corazón: con los labios en el coro orando por todo el mundo y con el corazón en su pecho, dondequiera que se encuentran; todo su ser vibra de amor a Dios en ofrecimiento, siendo alabanza y obsequio preciadísimo ante Dios, y Dios toma posesión gozosa de almas tan santas.

También, Dios mío, yo me he ofrecido a Ti, y quiero como ellas y con ellas ser alabanza tuya por todos y obsequio agradable. También quiero que tomes posesión de todo mi ser y cantarte el cántico del amor y de la súplica. También sé que Tú me recibes y me amas y estás no sólo conmigo, sino que estás obrando en mi alma la obra maravillosa de la iluminación y transformación sobrenatural; estás poniendo tu vida en mi alma.

No te desalientes, alma mía, al ver que todavía eres combatida de flaquezas, y sientes las rebeldías de tus miserias y de tus insumisiones. Esto mismo te enseñará a recogerte más humilde con Dios y decirle muy rendida: «Ves, Dios mío, esta pobre y desordenada condición mía; ves esta frialdad y disipación mía; te la presento para que me ayudes a vencerlas y pongas ya en mí lo que deseo yo y deseas Tú, y que viva la vida santa que he abrazado. ¿Cuándo acabarán mis caídas? ¿Cuándo me librarás de mi frialdad? ¿Cuándo seré perfectamente tuyo?»

He venido a buscar a Dios. He venido para vi-

vir en Dios. Estoy de hecho en Dios y le vivo. He venido, Dios mío, a buscaros y a viviros, porque en vuestra infinita bondad, ¡oh Señor amorosísimo!, me pusisteis en el corazón este deseo. Me habéis llamado para comunicarme la ciencia del amor a Vos y la santidad. Todo es dádiva y misericordia vuestra. Amo la luz, amo la hermosura y la bondad, amo el conocimiento y siento deseos sobre mí mismo y superiores al mundo. Pero vuestro amor y vuestra vida, que tan generosamente me ofrecéis, son superiores a todo lo bueno y agradable que yo puedo concebir o soñar. ¿Cómo te amaré? ¿Cuánto te amaré? Cuanto yo me determine a amaros; cuanto yo tenga fortaleza y constancia para vaciar mi corazón de toda otra cosa que no seas Tú y entonces me darás un amor sin medida.

Aquí estoy, Señor y Criador mío, en tu compañía; estoy esperándote. Espero confiadamente que obres en mi alma la maravilla de la transformación; yo no sé hacerla, pero me has llamado para hacerla Tú en mí. En tus manos la pongo. Quiero despegarme de todo lo que no eres Tú para que puedas realizarla. Espero el día que siga a mi muerte tu posesión gloriosa, pero te suplico tomes ahora en la tierra posesión de mí por gracia y amor y quiero estar siempre acompañándote y amándote. Quiero ser en todo tuyo.

Estoy en Dios. Dios está en mí. Sé que Dios me ama y me llena. Sé que Dios quiere que esté

yo siempre empapado en su amor y le vea en mí, infinito, mío, amorosísimo. Sé que Dios quiere que de mí irradie su fragancia, que son las virtudes, que es la abnegación, la caridad, la mansedumbre y obediencia. Dios mío, que mi alma esté por dentro saturada de perfume vuestro, en vuestro amor; sea amor de ternura, sea amor de aridez o tentación, pero amor vuestro que me enseña a teneros presente y a que cuanto haga y piense sea todo para Vos. ¡Qué inefables misericordias has tenido conmigo llamándome para consagrarme a Ti y estar contigo continuamente!

Dame, Dios mío, luz para comprender la grandeza de esta misericordia. Si la viera y la comprendiera, saltaría de gozo, como saltaban los santos, y me desharía de engrandecimiento y de fidelidad. Esa luz me enseñaría a ver que es la mano de mi Dios amorosísimo, es el amor incomprensible e infinito de mi Dios el que está obrando en mí, y está obrando para después, para la dicha y felicidad, para la eternidad del cielo. Y el amor infinito me enseña que ese Dios infinito está presente; no está lejos, sino en mí, en lo íntimo de mi ser, de mis potencias y sentidos. Dios está en mí. Ahora no le veo, pero lo sé. Después será mi felicidad y dicha eterna.

¡Eterna dicha! ¡Eterna felicidad! Y depende de mí el tenerla y la grandeza con que he de vivirla. Tendré la dicha que yo quiera. Veré a Dios, po-

seeré en gloria a Dios según haya sido mi amor y mi entrega. Ahora estoy y vivo en el que he de estar y ha de ser mi felicidad eternamente. El mismo que eternamente me ha de llenar de dicha está ahora en mí, dándome el amor que he de tener eternamente en el cielo. Está enriqueciéndome y amándome como me amará en el cielo, allí ya en amor glorioso.

Bendito seas, Dios mío, que me has llamado para que sea santo, porque me quieres transformar en Ti. Que no ponga yo resistencia alguna. Que me llenes de Ti mismo, que me mire en Ti y esté lleno de Ti para que eternamente continúe mirándote ya después con visión de gloria y lleno de Ti gloriosamente.

TERCERA LECTURA - MEDITACION

DIOS, SIENDO MI AMOR, ES MI VIDA Y MI FELICIDAD

30. Entre las muchas sentencias jaculatorias que leo en los salmos y llaman mi atención y excitan mis afectos sobresale ésta: *¿Quién es grande como nuestro Dios?*

Si dirijo mi mirada por toda la creación, si medito en las maravillas del universo, bajo cualquier aspecto que lo considere, ¿qué podré comparar con la hermosura, con el encanto, con la bondad y con la incomprensible grandeza de Dios? ¿Qué ternura o belleza puede arrastrar mi corazón como la de Dios? Dios es el Criador de todo. Dios es la omnipotencia y la sabiduría y la bondad infinita. Todo es como nada comparado con El. Todo procede de El y El todo lo ha hecho.

Pues quiero yo recogerme ahora con humildad en Dios infinito y mirarme dentro, muy dentro de

este Dios mío, todo hermosura y poder y delicadeza, y quiero recogerme dentro, muy dentro de mí mismo, mirando a Dios en lo íntimo de mi ser y de mi cerebro, y suplicándole, como a Padre y Criador mío, tome posesión total y perfecta de mí, de mi entender, de mi amar y de mi obrar, y se haga mío en mis pensamientos y en mis afectos y en lo más íntimo y sustancial mío, y poniéndome a mí dentro, muy dentro de El, me haga suyo para sólo pensar en El, y amarle y obrar por El.

Dios mío, que yo quiero ofrecerme todo y en todo para ser vuestro y que me llenéis de Vos mismo.

Por muy alta, por muy delicada y tiernamente que yo piense en Dios, mirándome en El y mirándole a El en mí, nunca podré llegar a formar idea digna de Dios ni que se parezca a El. Porque Dios es sobre todo cuanto se puede pensar, sobre todo cuanto se puede soñar. Nada tiene proporción con sus perfecciones. Su infinita realidad supera a todo. Y yo estoy en esta infinita realidad, dentro de esta infinita realidad. Cuanto tengo y soy en mis potencias, en mis sentidos y en todo mi ser, todo lo estoy recibiendo de Dios. Dios mío y para mí, bondad infinita, sumo poder, hermosura no soñable, verdad incomprensible, de donde procede toda verdad y cuanto tiene ser; que me has criado, me conservas y eres mi Padre amorosísimo; que me has llamado y traído para que esté viviendo aquí

contigo, para ser tuyo y un mismo amor contigo, porque en tu infinita misericordia y amor infinito quieres hacerte mío: toma desde ahora y para siempre mi corazón; toma mis pensamientos y mis afectos todos y hazlos tuyos; que sean santos y para Ti. Ilumíname y lléname de Ti para que con toda verdad diga: Soy tuyo; estoy lleno de Ti mismo. Por eso repito con el Salmista: «*Alma mía y todo cuanto hay en mí, alaba al Señor.*»

Seáis Vos, Dios mío, el fin de todos mis movimientos y aspiraciones. En todo mi ser interior y en todas mis manifestaciones exteriores, en todo mi conocer y amar y en toda mi actividad quiero ser alabanza vuestra.

Con esto tendré presente las grandes verdades para sentirlas, aun cuando no sepa expresarlas, pues son más fáciles de sentir que de decir: Dios es mi vida. Dios es mi vida no sólo porque habiéndome criado me la conserva, sino porque Dios quiere ser mi vida sobrenatural y comunicármela en el cielo glorioso, y comunicarme su amor y luz en su luz de bienaventuranza, y ser mi felicidad, mi gozo y mi dicha. Que yo vea con fe, Dios mío, que estás en mí, en lo íntimo mío.

¡Qué alegría tan inmensa y qué gozo tan inenarrable sentiría si viera con una mirada sobrenatural, aquí, dentro de mí, el misterio y la obra de Dios en mi alma, la verdad de Dios en mi alma, la realidad soberana y delicadísima de Dios obran-

do maravillosamente en lo íntimo de mis pensamientos y de mis afectos la maravilla de la santidad y del amor! ¡Qué dicha si yo los viera crecer! Pero, aunque sin verlos, sé por el conocimiento de la fe, más cierto que el de los ojos, que Dios está en mí y yo estoy en Dios; que Dios se me da; que Dios obra en mí la santidad. Porque Dios quiere dársenme en unión y realidad de amor, me ha llamado y traído aquí, a solas con El.

31. Aquí, en su casa, me ha enseñado una vida nueva, no de los sentidos, sino muy superior; es la vida del alma y de gracia; es la vida de su amor. Mi cuerpo no comprende estas mercedes soberanas y se cansa y se me rebela con frecuencia; el cuerpo quiere lo suyo y no conoce ni la fe ni la gracia. Dadme, Dios mío, voluntad firme y constante para que obre guiado por la fe y tus enseñanzas. Cuerpo mío, calla y déjate guiar; no estorbes ni deshagas la obra santa de Dios; ofrécete como instrumento para realizar la maravillosa obra que Dios quiere realizar en el alma y tú también tendrás tu recompensa bien crecida e insospechada. Cuerpo mío, déjate guiar.

Dios está en mí. Yo estoy en Dios. En esta altísima y divina realidad debo aspirar a vivir. Este pensamiento predominaba en Santa Teresa de Jesús y de ahí su frase lacónica y expresiva: *Sólo Dios basta.* Porque miraba a Dios en sí misma de-

cía a sus carmelitas: *Hijas, no os consideréis vacías; vuestro pecho está lleno de Dios.* Ella siempre miraba a Dios dentro de su pecho y se miraba a sí misma dentro de Dios. ¡Dios, el Ser infinito, el Sol de toda belleza y de toda iluminación, el Manantial de toda bondad y de todo gozo estaba dentro de su pecho, en su corazón! ¡Dios, el encanto y delicia de los bienaventurados, el amor y la sabiduría de los ángeles, la llenaba y envolvía! Se veía llena de Dios. ¡También yo lo estoy! Quiero que mi alma, como la suya, se recoja con Dios para hacerse encanto y hermosura y bondad y vida de cielo. Si yo me decido y preparo y me esfuerzo por recogerme en Dios y vivir esta vida de Dios lo más intensamente posible, sé que, aun no dándome yo cuenta de ello, Dios me irá vistiendo de su hermosura; Dios irá transformándome en su delicadeza, en su bondad, hasta hacerme amor suyo por la unión con El.

32. Dios ha puesto en mi naturaleza el deseo de procurar todo mi bien. No puedo no desearlo y procuro obtenerlo. Me agrada la bondad, como me agrada la hermosura y me encanta la suavidad de la luz. Pero sueño con una bondad, una hermosura y una luz más noble y duradera, que me pueda hacer feliz. Buscando esa bondad, esa luz y ese amor, he dejado todo lo demás, todos los sueños de mundo, todas las ilusiones, y he ve-

nido a estar con Dios sólo y estoy consagrado a El. Quiero entrar en la belleza infinita de Dios; quiero envolverme en la luz indeficiente de Dios. Ha sido éste el deseo de todos los santos y por este deseo llegaron a serlo.

Como ellos, me pregunto yo: ¿Qué busco yo cuando busco afanoso esa luz, esa hermosura, ese encanto, ese regalo, que nunca he visto, que nunca he sentido, que es superior a toda suavidad que yo pueda soñar y está muy por encima de toda criatura? ¿Por qué salgo de toda criatura y renuncio a todo? Es que yo busco a Dios, busco a Dios. Busco el bien supremo, busco la bondad infinita y la sabiduría increada, que todo lo encierra en Sí. Busco el goce de poseer la Verdad infinita. Y la Verdad infinita eres Tú, Dios mío y Criador mío. Y la Verdad infinita es el Sumo bien. Y la Verdad infinita y el Sumo bien es el Sumo Amor. La posesión del Sumo Amor produce el Sumo goce. Yo deseo y busco anheloso el Sumo gozo del Sumo Amor, del Sumo bien, de la Verdad infinita. Cuando mi alma llegue a poseer ese Sumo Amor y experimente el Sumo gozo, ya nunca lo perderá, ya estará siempre en la dicha y en la felicidad. Dios mío, todo esto poseeré como no puedo ni soñarlo cuando te posea a Ti por la visión de la luz de la gloria. Mi gozo es que Tú serás mi eterno y dichosísimo gozo, siempre en perpetuo florecimiento y

en altísimo conocimiento de tu infinita Verdad y Bondad.

Siento en mi naturaleza un deseo de ser amado y quisiera ser de tal manera amado que no sintiera ni sombra de infidelidad ni disminución de la correspondencia de amor a mi deseo.

Porque deseo amar y ser amado con toda certeza y seguridad y con un amor que me haga feliz, he renunciado a todas las cosas terrenas y a todas las ilusiones y amores que me podían engañar y no me podían llenar y me he renunciado a mí mismo y he venido a consagrarme al Amor infinito, y quiero estar ofrecido totalmente al divino Amor y amarme a mí mismo en este Amor. Dios mío, deseo amarte con todo mi corazón; pero por mucho que yo te ame, mi amor será como tenue sombra comparado con el resplandor de tu amor. Sé que tu amor me llenará de felicidad, que será llenarme de todos los bienes, cuando ya te posea glorioso; no podría hacerme feliz si no me diera cuanto desee y no me llenara de satisfacción en todas las cosas y en todas mis potencias y sentidos. Sólo Vos me podéis hacer feliz y por eso sólo a Vos os ofrezco mi vida, mi ser y cuanto soy y pueda ser.

Sé que recibís gozoso mi vida, que ya es vuestra porque me la dais y porque os la ofrezco, y la recibís para transformármela, para sobrenaturalizármela y hacérmela semejante a la vuestra. Sé que

estando en vuestras manos, haré en todo vuestra voluntad, viviré vuestro amor y me vestiréis de hermosura y de dicha, y me haréis amor vuestro, y sin comparación muy superior e inmensamente más grande que el ensueño de todo bien y luz que dentro de mí siento.

Esta vida que espero, esta felicidad con que sueño, esta luz y este amor, sé que está en la posesión y visión de Dios en la gloria, que es la posesión del Sumo bien, de la Suma verdad y hermosura, y sé que consagrándome a ella, ya la estoy viviendo, no sólo como en raíz, sino en realidad, pero todavía no gloriosamente. Me propuse dejar todas las ilusiones y todos los encantos que pudiera soñar para consagrarme íntegramente a Vos y vivir en Vos, para ser vuestro y que Vos fueseis mío. Pero ¿qué puede ser todo esto comparado con Vos, criador de todo?

Dios ha criado todas las cosas y todos los seres son suyos y es dueño y dominador de todas las criaturas; pero deja a las personas libres que libremente se le ofrezcan, y cuando con su ayuda y su gracia se le han ofrecido, las recoge, las hace suyas y las hace participantes de sus perfecciones, cada vez con más intensidad, para prepararlas para la transformación y para la dicha de la vida eterna. Esto es precisamente lo que yo he venido a buscar. Para esto me he encerrado en el convento y me he retirado de los bienes del mundo. Os quiero a Vos,

Hermosura infinita; os busco a Vos, Amor eterno, para poseeros después en dicha y felicidad.

Esta es la felicidad que yo espero; éste es el abrazo que yo busco buscándoos a Vos, y ésta es la sabiduría que mi alma anhela, y sé que cuanto más perfectamente os ame ahora en este destierro, más perfecta y gloriosamente os poseeré en la realidad gloriosa de la vida eterna del cielo. Ahora es el tiempo de prepararse.

Esta es la felicidad que yo espero y he venido a buscar en el convento y en la compañía de Dios, estando a El ofrecido. Pido a Dios que me dé este abrazo de Padre y con el abrazo me comunique la sabiduría del amor, que enseña a mirar todas las acciones y todas las cosas en Dios y para Dios, en el orden sobrenatural.

33. ¡Dios! ¡Dios infinito y omnipotente! ¡Dios sumo Amor y sumo Bien! Dos pensamientos que no se cansaban de repetir con inmenso gozo las almas santas, porque parece que en estos dos pensamientos están encerradas todas las perfecciones de Dios. La suma Verdad y el sumo Bien tienen que ser al mismo tiempo el sumo Amor, la suma Hermosura y el Gozo infinito, siempre en suma actividad gozosa, sin que pueda caber más, sin que pueda haber ni el más pequeño atisbo de hastío. ¡Siempre el sumo gozo, la infinita alegría en la sabiduría y poder infinitos!

Alma mía, este Dios amorosísimo, este amor omnipotente, esta infinita hermosura, es quien te ha escogido y te ha llamado para que estés con El, amándole, y para hacerte participante de sus perfecciones y de su misma vida, ya aquí en la tierra realmente, pero en el cielo gloriosa y felizmente. ¡Participarás de la misma felicidad de Dios según hayan sido tus virtudes y tu amor ahora en la tierra! Pero ¿no te decidirás a corresponder a este llamamiento hecho por el mismo Dios? ¿No es el mismo Dios quien te quiere vestir el vestido de la gracia divina, si tú accedes?

Nadie como Dios conoce mi pobreza e impotencia. Nadie como Dios conoce mi necesidad. ¡Si eres Tú, Dios mío, quien me ha criado de la nada! ¡Si lo que tengo me ha sido dado por Ti! Tú sabes lo que me falta y sólo Tú puedes dármelo. Dame de tu amor. Dame de tu hermosura. Hermoséame con tu gracia.

Mi vida, como la vida de toda alma ofrecida, es vida de esperanza y de confianza en Dios. Es vida de ensueño y de ilusión de luz de eternidad y es vida de preparación para la felicidad eterna. Constituirán mi felicidad las obras buenas que ahora realice y el amor y la perfección con que me determine a vivir. En el cielo recogeré lo que aquí haya sembrado. Dios, que me lo ofrece, lo deja a mi voluntad, y entonces me lo presentará ya transformado en dicha, en gozo, en amor glorioso. Ha

sido bondad de mi Padre celestial el haberme escogido y llamado y traído junto a Sí para cambiar y transformar esta pequeñez y ruindad mía en hermosura y poder tuyo. Me ha llamado para que yo sea jardín suyo, para que yo esté con El, para estar El conmigo llenándome de Sí, quitándome lo terreno y poniéndome lo divino.

Mi vida y mi gozo será tener puesto en Dios mi pensamiento. En nada más alto ni más hermoso puedo tenerle. Que todos mis afectos sean para Vos y mi mirada esté amorosamente fija en Vos. Gózate, lengua mía, en repetir: Dios infinito, el Dios que es la delicia de los ángeles, el Dios criador de todas las cosas, el Dios de infinita hermosura y poder, está en mí, está haciendo la obra maravillosa de la santificación en mi alma, está transformando mi alma para sobrenaturalizarla y divinizarla y hacerla hermosura de cielo. Dios me ha traído y puesto en su compañía para hacerme amor suyo; me ha traído para preparar mi alma para la dicha y la felicidad si yo, poniendo mi voluntad, coopero a su llamamiento y me prepara con una delicadeza y una grandeza que yo no puedo comprender. Dios mío, haces en mí maravillosamente lo que yo buscaba, lo que mi alma anhelaba, lo que sólo Tú sabes y puedes y quieres comunicarme y darme.

34. Cuando Dios se pone en un alma con amor especial y empieza, con la cooperación del

alma, la obra de la santificación, Dios se hace ya cielo del alma; Dios siempre es Dios. La santificación es obra propia de Dios y su obra de predilección. Dios obra en el alma con efectos no sólo de purificación, sino de transformación, para preparar el alma, para levantar el alma y hacerla cielo, aun cuando todavía en la tierra y en la lucha no obra con efectos gloriosos. Pero Dios está siendo cielo del alma y convirtiendo al alma en cielo.

La oración más íntima y más eficaz que puede hacer el alma, la oración más alta y más compenetrada con Dios, es darse cuenta y vivir esta gran verdad: *Dios está en mí y está obrando su obra de amor y su maravilla de santidad. Yo me he ofrecido a Dios y estoy atento a El y con El. Dios ha tomado posesión de mí. Dios mío, llenadme; llena todo mi querer de Ti; llena todas mis potencias; toma perfecta posesión de mi inteligencia, de mi voluntad, de mi alma y de mi cuerpo todo para que mis deseos y mis palabras y mis obras sean para Ti y en alabanza tuya y en agradecimiento a tu bondad.*

Yo no me puedo santificar ni transformar. Pero si yo quiero, estoy quieto y atento a Dios y hago su voluntad, Dios está en mí siendo mi cielo y haciendo de mi alma un cielo; está haciendo el milagro escondido de la santidad, poniendo su vida en mí, haciéndome participante de sus perfecciones. Dios es mi felicidad y riqueza y la esperanza de mi felicidad eterna.